

Seguramente cruzaron el Jordán por la parte frente a Jericó. Por este sitio se puede atravesar sin dificultad, pero no pudo hacerse de una vez. Desde que establecieron su campamento principal en los *Arboth Moab*, grupos más o menos considerables de Beni-Israel pasaban continuamente los vados. Estas pequeñas expediciones las codiciaban todos. El rico oasis de Jericó, con sus palmeras y sus perfumes, tentaba a las tribus. La ciudad fue tomada, probablemente a traición, y destruida. En seguida se reconstruyó, pero bastante lejos del sitio donde había existido la ciudad cananea.

Desde que tomaron Jericó, el campamento central de Israel estuvo en el sitio llamado Gilgal, en la hermosa y fértil vega que se extiende desde el pie de la montaña a la desembocadura del Jordán. Gilgal o Galgal significa un montón de piedras, revestido de un carácter religioso. El Gilgal de que tratamos quizá fuera un cerro sagrado de los cananeos; quizá debió su origen al campamento de Israel. Es de suponer que fue elevado para sus sacrificios. Posteriormente se dijo que esos monumentos megalíticos eran un recuerdo del pozo milagroso del Jordán. Los puritanos los consideraron restos de cultos paganos, y así el Galgal de Jericó se convirtió en centro religioso reverenciado por unos y mal visto por otros. Desde el Gilgal del Jordán salieron una serie de expediciones a la montaña. Es una idea falsa creer que Israel era entonces un ejército centralizado con una dirección única. Las expediciones constaban siempre de grupos de aventureros que actuaban por su cuenta. A veces componían

la expedición gentes de disdintas tribus, y entonces tenía ésta como un carácter feudal. Pero esto no se producía con frecuencia y no dejó consecuencias serias para las instituciones posteriores de la nación.

Una de dichas expediciones, formada, al parecer, por gente de todas las tribus, fue la que motivó la destrucción de la ciudad cananea llamada después *Ha-Ai*, «o montón de ruinas», cerca de Betel. Se olvidó el nombre verdadero de la ciudad, pero se recordaron las estratagemas hábiles, atribuidas al jefe que personifica todo aquel período de expediciones militares: a Josué. Esta ciudad, como Jericó, fue anatematizada. Se hizo matanza general, y el rey fue clavado a un árbol hasta la noche. Más cruel fue esta ejecución que la de Jericó, pues la población no fue reconstruida, e incluso desapareció su nombre.

Se esparció el terror por el país. Muchos pueblos se sometieron y prefirieron la servidumbre a la muerte. La división de los pueblos cananeos fue útil a los invasores. Cada ciudad tenía su política, sin que le importaran las demás. Así lo hizo especialmente la confederación de los gabaonitas compuesta de cinco ciudades, que no tenían reyes ni clase militar. Aceptaron a los recién llegados y firmaron con ellos un pacto que reservaba sus derechos, pero que fue olvidado y se convirtió poco después en dura servidumbre.

La ciudad que será el centro de esta historia y que quizás entonces se llamaba ya Ierusalaim (lugar de seguridad) y Sión (fortaleza), servía de *oppidum* a un pueblo llamado Jebusim. Era una cima fortificada a orillas de un barranco, mucho más profundo que hoy. La ciudad jebusea ocupaba el sitio del *haram* actual, prolongándose por la cresta de la colina hacia el Sur. Un manantial, llamado Gihon, fue lo que motivó la elección de esta localidad que luego había de ocupar un sitio tan excepcional entre las peregrinaciones sagradas. Los jebuseos se vieron amenazados por la llegada de los israelitas. Su rey Adonisydyk, sobre todo, se sintió alarmado por la alianza de los gabaonitas con estos extranjeros peligrosos. Pactó con cuatro reyes amorreos de las cercanías: el de Hebrón, el de Yarmut, el de Lakis y el de Eglón, y los cinco fueron a sitiar a Gabaón. Josué, o quien fuese el jefe de Israel, había tenido siempre el campamento en Gilgal. El ejército israelita se dirigió contra los cinco reyes amorreos para levantar el sitio de Gabaón. El pánico se apoderó de los cananeos, que huyeron por Betorón hasta Maqqeda. Josué los persiguió, los destrozó, mató a los cinco reyes y los crucificó. Un canto popular celebró la victoria, y como se leían en él unos versos que decían que el sol se quedó inmóvil en Gabaón, queriendo expresar el estupor de la naturaleza ante el gran esfuerzo de los israelitas, esta figura retórica ocasionó más adelante raras equivocaciones. Se pusieron los dos versos en boca de Josué, y falseando el sentido de la frase que significa «quedó inmóvil de estu-

1. Estos dos versos dicen:

Sol, quédate inmóvil en Gabaón; tú,
luna, en la llanura de Ayalón.

(N. del t.)

por», se supuso que el sol se había parado realmente por mandato de Josué.

Poco más tarde se produjo la toma de Maqqeda, de Libna, de Lakis, de Geser y de Eglón. Más importante todavía fue la de Hebrón y de Debir o Kiriath-Lefer, centros del mundo cananeo meridional, que eran mucho más cultos que el resto del país. Se supuso que Hebrón fue dada en feudo a un tal Caleb, héroe legendario de Judá, que dio mucho que hacer a la imaginación de los narradores. Realmente, Caleb, lo mismo que Judá, debió ser el nombre de una tribu, la de los calbiel (perros de Dios), destinados especialmente a la guerra.

Mediante algunas revueltas afortunadas, y probablemente bastante seguidas, fue conquistado todo el país, que formó más adelante las tribus de Benjamín y de Judá. Como ambas tribus anduvieron siempre juntas y la primera conquista corresponde justamente a sus fronteras, hay que creer que fueron estas tribus las conquistadoras. Judá era uno de los grupos principales de los Beni-Israel. Los benjaminitas constituían un escaso grupo de jóvenes valientes, de costumbres mal reputadas, y formaban una especie de cuerpo de vélites, del cual salían los arqueros y los honderos. Su nombre, que parece significar *Zurdos*, procedía de su costumbre de utilizar la mano izquierda en vez de la derecha, lo cual era ventajoso para el uso de la honda. Ambos grupos solían obrar de concierto, y se repartieron el fruto de la campaña.

Los benjaminitas, que eran mucho menos numerosos, se establecieron en Gibeá, a una legua al Norte de Jerusalén. Tenían una gran importancia como combatientes, pero apenas poseían territorio. Sus intentos de tomar la ciudad de los jebuseos siempre fracasaron. Por otra parte, los gabaonitas vivían independientes al lado de ellos, y nunca sometieron a Gezer. Las demás tribus se vieron obligadas una o dos veces a hacer contra los benjaminitas expediciones federales terribles, que casi ocasionaron su destrucción.

De un modo más efectivo ocuparon los judaítas el territorio que desde entonces llevó su nombre. Toda la parte del talud palestino, al Sur de Jerusalén, fue suyo. Nada pudieron contra la gente de la llanura por el lado del mar, porque éstos tenían carros herrados. Los filisteos formaban también al Oeste una barrera que ni siquiera intentaron asaltar.